

PROFUNDO MAR AZUL

Viajaría todo el día en mi tren azul

Vivo en un lugar lleno de lluvia, en una ciudad líquida. Estamos de agua hasta las branquias y me cuesta respirar. Las bombas de achique trabajan con dificultad y los desagües se desbordan: Dios, si hasta el aire es húmedo. Hasta hoy ha llovido treinta y tres días seguidos y el nivel del agua ha subido veinte centímetros. El Pilote ya estaba bastante atestado y ahora el agua presiona hacia arriba y nosotros hacia fuera. Los Reparadores se disponen a construir otro nivel para volver a trasladarnos a todos más arriba.

Todo es agua, y no se puede beber. Nos tocan dos tazas de agua potable al día. Probablemente es bueno. El otro día Sal bromeó con que bastaría una meada fuera de sitio para que acabásemos todos nadando. El agua de la cañería limpia que conecta las depuradoras con las cocinas empieza a saber igual que el resto. El agua de las duchas es densa y oscura y te sientes más limpio si no te duchas. Después de la lluvia, todo apesta. Las depuradoras no dan para más. Aunque la provisión de comida se mantiene estable. Cultivamos algas. Algunos días comemos pescado y otros, sucedáneo de pescado.

Como la semana pasada, cuando la planta de abajo se volvió submarina. Es como si alguien hubiera anegado mi juventud, porque nos criamos allá abajo. Eso fue cuando todavía se permitía que hubiera niños en el Pilote, antes de que se lo llevaran todo a los Secos. Yo tenía once años. Llegó un gran

transporte y madres y niños partieron en un éxodo masivo. Salvo yo, porque mi madre había muerto y como estaba enfermo no pasé la prueba. Me dejaron aquí a ver si sobrevivía. Me digo que ahora que he sobrevivido alguien vendrá a por mí. Aunque nunca viene nadie. Al poco tiempo llegaron los permisos para viajar y ahora ya no se va nadie sin él. Llega gente y se pone a trabajar. Pero nunca se van, ahora nadie consigue el permiso.

Una vez, cuando el agua estaba más baja, antes incluso de que se construyeran las Pasarelas, me senté en un escalón y contemplé el último cisne que se ha visto por aquí, flotando en el agua como un lirio de cuello largo, un capullo abriéndose. Luego levantó el vuelo restallando las alas. Vi el arco limpio e inmenso de su vuelo. Quizá el recuerdo lo haya hecho mayor, pero era enorme. Ya entonces parecía una criatura mitológica. Nadie se atrevió a matarlo, ni para comérselo.

Pero ahora se han construido las Pasarelas y no queda nadie de los que conocía entonces, nadie ha visto ningún pájaro desde hace años, solo gaviotas, que al final han aprendido a mantenerse alejadas de las redes que instalamos. De vez en cuando nos sobrevuela un helicóptero en cualquier dirección. Hacia el oeste la línea que semeja el horizonte marca en realidad el comienzo de los Secos: un gran dique mantiene el agua a raya. Aunque con el tiempo que hace últimamente no quiero ni imaginar los problemas que estarán teniendo por allí.

Está Corriente arriba y Corriente abajo. Las corrientes principales pasan justo al lado de la ciudad y últimamente el Gran Canal lleva algo negro, como un vertido de petróleo que se va ensartando en el río. Han cortado el flujo de entrada un par de días mientras tratan de averiguar qué es y quién lo vierte, pero mientras todo se estanca un poco más y después de la lluvia hay trazas negras incluso en el agua de abajo. Se rumorea que se ha filtrado en la plantación de algas, aunque yo no he ido a verlo. Pasa que no soporto el olor de la

plantación. Y nadie sabe lo que es esa cosa negra. Han enfermado un par de personas.

Pero yo llevo mucho tiempo enfermo, desde el principio. Hasta donde me alcanza la memoria, que es desde siempre. Tengo unos escalofríos que van y vienen y me castañetean los dientes con náuseas que me duran el día entero. Lo único que puedo hacer es telefonar al médico y acurrucarme a esperar que alguien me traiga las pastillas. Me traen pastillas.

Esos días me quedo en la litera. Vivimos en un vagón sobre una vía elevada al que hemos arrancado los interiores para construir barracones, solo queda la tapicería azul. La mayoría de los días estoy solo en el tren. Los demás trabajan. El vagón se balancea sobre los pilotes con el viento. Y con el ruido lejano de las bombas de achique girando en las cubiertas inferiores da la impresión de que avanza, si te tomas las pastillas y cierras los ojos.

*Viajaría todo el día en mi tren azul
si mi tren azul no descarrilara.*

Últimamente he estado escribiendo pero no me ha ido bien. A nadie le gustan los cuentos que he terminado y parece que no se me ocurren más. Llevo varios días intentando escribir una historia que he titulado «Basura». Trata de un mundo arruinado por un Gran Desastre Climático a causa del cual todo el que ha podido se ha marchado. Los bomberos y los carcamales se han ido a vivir al sol. El que podía permitírsele se ha mudado a planetas más fríos del sistema solar. En el mundo solo queda una clase marginada que vive en celdas minúsculas que forman parte de una máquina enorme que genera energía y enfría la temperatura hasta niveles soportables reciclando residuos. El aire y el agua están racionados. No se tira nada. Viven en un hacinamiento horrible, pero el organismo gobernante, desconocido, ha establecido una segregación individual estricta para sofocar los problemas y prevenir la reproducción. De modo que hay unas celdas minúscu-

las llenas con las basuras y los desperdicios de sus habitantes y en una de esas celdas vive un hombre desesperado que siente que no debería estar allí, que está ideando un plan para escapar de las celdas y que cree que podría sobrevivir a cualquier cosa si estuviera con él una chica en particular. «Si estuvieras conmigo —piensa—, sobreviviría a lo que fuera.» Pero ella no está y no sé cómo acabar la historia. No se me da bien la ciencia ficción. Pero creo que, en conjunto, la historia es bastante divertida. Sabrán apreciarla.

Sin embargo, no consigo acabarla ni con pastillas. Me limito a acurrucarme y tratar de entrar en calor y aun así no paro de temblar. Entonces, antes de que todos regresen, me duermo, viajo toda la noche en mi tren azul. Si te quedas demasiado tiempo en las literas te mareas.

Un día me sale cabeza de caballo

Hoy me tomo las pastillas y me sale cabeza de caballo. Es algo que llevaba tiempo queriendo hacer. Cuando todos los demás han salido de los barracones me tomo las pastillas y la frente se me parte y se alarga. Busco mi reflejo en el cristal sucio de la ventanilla y soy un caballo, soy un caballo. Permanezco así todo el día y al anochecer noto un gran dolor en mi vieja cabeza. Aun así, lo que pasa con los caballos es que por encima de todo son sinceros y hay días en que uno necesita sentirse así.

Me visto y voy de cubierta en cubierta hasta llegar al bar. La lluvia aguanta y paseo sin mojarme. Sobre la entrada del bar cuelgan pesadas lonas impermeabilizadas que tienes que atravesar al entrar. El ambiente dentro está cargado y viciado. Está todo el mundo, todo el que puede. Como no pueden beber agua, vienen a beber whisky.

Dentro junto a la entrada está el Ídolo. El Ídolo está fabricado con un traje de buzo viejo relleno de paja de plástico, el traje en sí está demasiado desgarrado y la goma demasiado es-

tropeada para que sea de utilidad. La cabeza es una máscara redonda con ojos de piedra negra, como los de un insecto, y tiene dos aletas viejas a modo de orejas desproporcionadas. El Ídolo bendice el bar y si lo bautizas con whisky, también a ti. Pero claro, siempre hay que sopesar entre el preciado whisky o la improbable suerte. Yo siempre elijo el whisky. Al fin y al cabo, ¿cuánta suerte se puede tener?

Sal está esperando detrás de la barra con una mirada poco halagüeña en su cara avejentada. Está de pie junto a un dibujo medio borrado de un caimán que alguien dibujó al carbón sobre la pared de madera. El caimán sonrío, yo le devuelvo la sonrisa.

—¿Whisky, Sal?

—Llegas tarde —me dice—. Tal vez cuando hayas terminado. Si estás bien.

Golpea en la barra y el ambiente se tranquiliza un poco. A veces quieren escuchar y a veces no quieren. Esta noche no parecen tener claro lo que quieren.

Me subo a la barra y leo un cuento en voz alta. Es uno viejo pero no lo conocen y he sido incapaz de escribir algo nuevo. Trata de un chico y una chica que se conocen y se enamoran y en general se provocan grandes cantidades de felicidad completamente inexplicables. Un día perfecto se prometen y hacen votos de amor eterno. Viven Felices y Comen Perdices hasta que un día ella le anuncia que le deja. Coge las maletas y se aleja de él y él no se lo cree, llora, me refiero a que está completamente destrozado porque partes de él están saliendo por la puerta con la chica y el horrible sabor amargo de su lengua es un anticipo del sabor de la muerte, pero consigue recomponerse lo suficiente para decir «pero dijiste que tu amor era eterno». Y al menos así consigue que la chica se detenga junto a la puerta y se vuelva, y él está esperando a que Regrese Y Comprenda Que Ha Cometido Un Error Y Lo Arregle. O al menos que se explique. Pero lo único que pasa es que ella

le mira con expresión desconcertada y le contesta: «Caramba, cariño, desde luego a mí se me ha hecho eterno». Y se marcha.

No les gusta nada el cuento. Algunos de los Pescadores y los Alimentadores que se han pasado el día luchando para calcular y obtener recursos no quieren escuchar esa clase de cosas. No les gusta un pelo, ni un poquito. Corro peligro de que me linchen un par de matones corpulentos. Existe un reparo de descontento que siempre se puede torcer. Entonces uno de los Veraneantes Ociosos se levanta de su asiento con la bolsa de piedras y la cosa se serena. Por fortuna se limitan a echarme a patadas del bar y prohibirme leer historias durante una semana, también me susurran amenazas al oído sobre que me conviene que la próxima sea mejor o tendré que buscarme otra carrera.

Mientras me arrastran la muchedumbre se dispersa, rociando de paso al Ídolo con whisky para purificar el lugar tras la intervención con la que he perturbado la paz. Es lo que consiguen los cuentos malos. Vuelvo a esconderme en las literas una temporada. Luego regresan los escalofríos y un calor que me golpea las sienes y empiezan a castañetearme los dientes.

*Viajaría todo el día en mi tren azul
si mi tren azul el dolor calmara.*

La reconciliación exige una larga negociación

A final de semana nos sobrevuela un helicóptero. Yo estoy en la litera con escalofríos y no lo veo, pero Sal sí, y se pasa a contármelo. Dice que ha visto cuerdas colgando de un lado del helicóptero y a cuatro hombres de negro descender por ellas y aterrizar en las cubiertas donde acostumbran a amarrarse las canoas. Aunque ya no tenemos canoas. Sal se ríe y me cuenta que uno de los hombres dio un paso y se cayó en el agua sin tiempo para que los otros lo agarraran. Se despidieron del

helicóptero, que se alejó volando. Sin parar de resbalar consiguieron salir de las cubiertas por las escaleras de mano y trepar como lagartos hasta las Pasarelas camino, claro está, de reunirse con los Veraneantes Ociosos. Estarán en las hamacas envueltos en gruesas toallas para protegerse del frío.

Me encuentro mucho mejor después de que me lo haya contado. Los hombres no vienen en helicóptero solo para quedarse. Vienen por alguna razón. Por algo importante. Siempre es bueno para el Pilote el contacto con los otros. De lo contrario puedes pasar meses creyendo que no existe nada más en el mundo. Y además es posible que vengan a por ti. Nunca se sabe. Pienso en dirigirme a la cubierta principal para enterarme de lo que pasa, pero sé que nunca conseguiré acercarme.

Para entonces ha expirado mi prohibición de ir al bar, así que dedico el resto del día a escribir un cuento que leo por la noche. El bar está lleno, como siempre. Todo el mundo está allí. Algo extraño que no logro identificar flota en el ambiente. Aparte de todo lo demás, están esperando noticias de los Veraneantes Ociosos. Nos gusta estar informados. Pero los Veraneantes Ociosos no han venido, lo cual significa que siguen reunidos en consejo. De todos modos tengo la impresión de que algo se me escapa.

—Esperan que lo hagas mejor —me advierte Sal al verme—. No los decepciones, ¿quieres?

Me da un whisky y bebo un sorbo para relajarme los labios. Luego subo a la barra y empiezo a contarles una historia. Es una historia que transcurre en los Secos. Trata de un terremoto espantoso que destroza una ciudad y sobre cómo todos sus maravillosos edificios llenos de gente se convierten en tumbas colectivas de escombros. Sé que me escucharán. Les gusta imaginar los Secos, o que los imaginen por ellos. Les gusta escuchar palabras como «hormigón» y «rascacielos».

La historia narra cómo después de que se calmen los temblores y que casi todo el mundo esté muerto y enterrado, los rescatadores se enfrasan en una búsqueda fútil e interminable

de supervivientes. Y cómo les ronda constantemente una niña hecha un mar de lágrimas porque ha perdido a su mamá y también a su perro y nadie tiene tiempo para tomarla en brazos y consolarla.

Es una historia conmovedora, en serio.

De modo que la niña vaga llorando por ahí y al final uno de los rescatadores, un bombero exhausto, deja de retirar escombros y se inclina a hablar con la niña, y a su modo cansado está a punto de decirle que todos han muerto pero que seguirán buscando a su mamá, a pesar de que en el fondo sabe que la madre ya está indudable e indoloramente lisa como una tabla, y que mientras debería seguir a la gente que se dirige al punto de reunión para que le den algo de comer porque ¿acaso no tiene hambre? El bombero está tratando de juntar esas palabras cuando oye un ladrido y se detiene y se concentra un instante porque cree que se trata de uno de los perros entrenados que ha encontrado a alguien —probablemente otro trozo de alguien en lugar de alguien completo—, pero entonces se da cuenta de que el ladrido suena sordo y sofocado como si procediera de debajo de los escombros, de donde no se oye nada desde hace horas. Una docena de rescatadores se distribuyen por el lugar y empiezan a retirar escombros solo para alcanzar ese posible animal atrapado porque, la verdad, en un día como ese cualquier señal de vida les sentará como la redención. Detrás del bombero, aunque él no pueda verla, la cara de la niña se ha animado porque sabe que acaba de oír ladrar a su perro, por nada del mundo dejaría de reconocerlo. Y la niña se calla y se sienta a esperar que los rescatadores le entreguen a su perro.

Luego dejan de oírse ladridos y juego un poco con mi público. Pues eso: quizá están excavando en el lugar equivocado, quizá para cuando lo encuentren el perro estará muerto, quizá al final no sea el perro de la niña, esa clase de cosas. Para tenerlos en ascuas. Luego levantan un gran bloque y en un hueco imposible está el precioso perro de la niña mirando ansioso hacia la luz repentina y la gente. Y los rescatadores se pa-

ran en seco porque encima el perro está acurrucado en unos brazos de mujer y la mujer, aunque cubierta de polvo y angustiada y con un pie atrapado, no solo está viva, sino que además está consciente, y cuando la sacan de allí la niña se levanta y con la voz cansada más feliz que quepa imaginar dice: «Mami». Y su mami tiende una mano a la niña y cuando juntan las cabezas dice: «Cariñito mío, no pasa nada, cariñito, ya te tengo».

Oigo a Sal sollozar detrás de mí. Los habituales del local están llorando. Juro que llueve de ojos para abajo. Como si hubiera precipitado un microclima localizado en el bar. Sin excepción, salvo los cuatro tipos vestidos de negro que acabo de ver en una mesa del fondo, pasado el recodo de la pared. Quienes por lo visto han concluido el consejo con los Veraneantes Ociosos y se han pasado a probar nuestro whisky destilado. Y quienes no están llorando. Aunque parecen escuchar.

Sin embargo ahora no puedo distraerme. Todavía no he terminado la historia, aunque ellos crean que sí. Vuelvo a captar su atención. Hablo con desdén. Les digo que como están llorando no han entendido una palabra de lo que he contado, que no parecen comprender que se trata de una historia terrible, de que murieron miles de personas, de que el final no era un final feliz sino un falso final, discordante, irónico. Que su atención es sentimental, simplista y decepcionante, que pese a todo lo que les rodea siguen llenos de ilusiones, que prácticamente chorrean ilusiones.

Que lo que creían que decía era: «El mundo es una mierda pero de pronto uno encuentra honestidad, humanidad y esperanza».

Cuando lo que en realidad quería decir era: «Todo es una mierda».

El silencio se prolonga un poco más mientras lo asimilan. Luego se levanta un gran revuelo. «Puto mierdoso. Puto cabrón.» Esa vez no hay ningún Veraneante Ocioso para tran-

quilizarlos. Me lanzan con fuerza algo de cristal, un vaso de whisky vuela por el aire rozándome la oreja y se estampa contra el dibujo del caimán. No les gusta que les tomen el pelo. No les gusta que les hagan sentir idiotas. Salto enseguida detrás de la barra, pero Sal se aparta de mí. También le he cabreado. Uno de los Alimentadores grandes de la cocina se inclina sobre la barra y me atrapa. Las lágrimas todavía corren por sus sucias mejillas, pero se le ve amenazador, asesino. Ha cerrado el puño. Lo retira hasta el hombro y yo me ovillo en el suelo esperando la paliza. Un puñetazo me golpea la espalda pero débilmente, el hombre está en una posición incómoda y noto cómo se recoloca para agarrar mejor. Pero no llega nada salvo aire y el ruido ya no está por todas partes, sino que se va aislando. Antes todos gritaban y ahora solo grita una persona. Me levanto a ver quién es.

Es uno de los hombres de negro. De él emana una oleada de silencio que acompaña a su voz. Él grita y los demás callan. Veo la oleada cruzar la sala y me parece miedo. Temen a ese hombre. Que ni siquiera se molesta en mostrar su arma. Todo el mundo sabe que la tiene. Incluso aunque nadie sepa quién ni qué es. Nadie nos lo ha explicado nunca. Algunas cosas se aceptan sin más.

—Silencio —dice por fin, cuando ya no necesita chillar y en el bar entero reina un silencio desconocido.

Mira alrededor a los ojos que llenan el local y ninguno parece inclinado a sostenerle la mirada. Luego me mira a mí, y yo le miro y no puedo apartar la vista. Es más joven de lo que creía. Más o menos de mi edad. Entonces sonrío, tan fugazmente que me hace dudar de lo que he visto.

—Y tú, a pasar por el tubo: calla —dice, y me mira.

Luego se sienta con los otros y siguen bebiendo en silencio. Y todos los demás hacen lo mismo, pero solo por miedo, no porque les apetezca. No se atreven a mirar a los hombres de negro, pero a mí sí, y no me han perdonado.

Quiero acercarme a la mesa donde han vuelto a acomodarse los hombres de negro. No me están mirando. Quiero

ver si reconozco a los otros, si tal vez uno de ellos es una mujer. Si ahora tienen amigos nuevos. Aunque no importa. Pero Sal me ha cogido del brazo y me devuelve detrás de la barra.

—Será mejor que te marches —me dice—. Puede que no vuelvas a leer, pero, con suerte, vivirás. En las cocinas siempre hay trabajo, ¿no?

Me empuja a la trastienda, donde está el alambique. Un líquido amarillo recorre los tubitos donde Sal convierte el agua en whisky. Pienso en regresar al bar pero probablemente Sal me mataría, de modo que levanto la trampilla y desciendo por la escalera de mano hacia las cubiertas inferiores, frías y húmedas, la peste a sal y algas en putrefacción, el calor fétido.

Profundo mar azul

Está muy bien sentirse a salvo donde hay hombres armados que te protegen, pero fuera del bar no tengo ninguna garantía de que no aceche por ahí un Pescador o un Alimentador esperándome con un gancho de carnicero. Y dado que en la actualidad verter cadáveres se considera un delito de primer orden (contamina el agua Corriente abajo, con los consiguientes problemas diplomáticos) solo podrían arrastrarme a la cocina para convertirme en sucedáneo de pescado.

De modo que me doy una vuelta, no por debajo de las cubiertas donde está oscuro y sombrío y no puedo ver si alguien se acerca, sino por un pequeño muelle de pesca en desuso lejos del bar, cerca del tren. Hace frío, pero se puede aguantar. Hay luna, no es redonda, pero sí grande y blanca y platea las aguas de tal modo que casi veo la negritud que ocultan. Las nubes son finos fantasmas grises que avanzan a toda velocidad por los éteres. Me siento y tiemblo, y por una vez no son mis escalofríos, solo el frío. No viene nadie.

Me da por pensar que tal vez me haya pasado un poco con la historia. Al fin y al cabo aquí todo el mundo ha perdido a su madre. Quizá me equivoqué al burlarme de sus ilusiones.

Me deprimó cuando lo pienso. Me hace pensar que debería escribirles otro cuento para compensar. Pero ahora nunca volverán a permitir que les lea. Lo que me deprime más todavía. De modo que lo intento y decido si seré capaz de salir o no. Les doy tiempo a los hombres de negro para dejar el bar. Permanezco de cuclillas en la cubierta y luego, cuando me parece que ya es seguro, trepo por un pilote y me dirijo al tren.

De vuelta en mi cuarto nadie da señales de vida, cosa que más o menos esperaba. Quizá después de todo no hayan venido. Quizá les haya entendido mal. Pero entonces veo mi litera. Allí, envuelta con una cinta azul escandalosamente inapropiada y rematada por un enorme lazo a juego, descubro una escafandra. Está un poco maltrecha, con el tanque abollado, pero tiene indicador y llave y boquilla y sé que funcionará.

Junto a la escafandra hay un enrejado de palos secos atados con cordel. Recuerda a un juego de las cunas, salvo que su entramado me resulta familiar. Un palo más largo en el centro con una concha pequeña pegada a un lado y otra concha en el borde de la estructura entrecruzada. Lo miro de un lado y del otro, lo giro y, a fuerza de insistir, al final caigo en la cuenta. Es un mapa de corrientes. El palo largo es el Gran Canal. La concha de al lado es una flecha que indica Usted Está Aquí. La otra concha representa Otra Cosa. Y durante un rato creo que todas las pistas estaban en clave y que siempre me preguntaré si ni siquiera eran tales.

Cojo la última tira plateada de pastillas de entre mis cosas y suelto un par. Para poder hacerlo. Pero me detengo. Tal vez las pastillas sean mala idea, lo último que necesito. No es momento para estar confuso. Así que hoy no tomo pastillas. Mi tren azul tendrá que esperar. Viajaré con mi propio vapor.

Empaquetó mis cosas atento a cualquier ruido. Cuando tengo la impresión de que las literas empezarán a llenarse de gente, recojo mis pertenencias y salgo por las Pasarelas. Nadie usa las Pasarelas de noche porque no son seguras. Incluso

aunque al resbalar cayese en el agua, no sé nadar. El agua está sucia así que ¿quién aprende a nadar? Si te caes y nadie te saca, te ahogas, como le ocurrió a mi madre. Y si te caes y te sacan, como me ocurrió a mí, enfermas.

Esta vez, sin embargo, no me caigo. Creí que tendría problemas para transportar el traje de buceo, pero el peso me equilibra. Avanzo todo el rato por las pasarelas superiores hasta que estoy encima del bar y luego espero allí a que el local se vacíe y veo salir a Sal. Después espero un poco más. La luna amorfa gira para ver mejor y los tenues fantasmas pasan por su lado.

Desciendo por un pilote y me abro paso entre las lonas. Dentro está negro como el carbón pero encuentro la barra a tientas y la rodeo. Alcanzo la estantería con las manos, con cuidado de no volcar nada de cristal. Cojo la linterna sumergible del bote de encima de la barra y la enciendo para poder moverme con más rapidez. Devuelvo el bote a su sitio. Desmonto sin hacer ruido el Ídolo de la puerta, le arranco las orejas-aletas y también algunas hebras de paja plástica que podría aprovechar para atármelas a los pies. Rasgo trozos de goma del traje para abrigarme.

Y luego lo cargo todo de vuelta a los pilotes, me sujeto las aletas a los pies y los trozos de goma a los brazos y las piernas. Me coloco la escafandra y succiono con fuerza en la boquilla. La aguja del contador oscila, pero no baja de la señal de LLENO. Recojo la linterna y el mapa de palos. Luego me recuesto, consciente de que probablemente debería intentar bajar por las escaleras para estar más cerca del agua cuando caiga, pero consciente también de que el único modo de vencerme para meterme en el agua es por sorpresa, con un ataque preventivo. Con el pesado pulmón a la espalda desciendo de cabeza como un cohete y penetro en el agua. El inmenso chapuzón me consume antes de dejarlo atrás. Estoy tan horrorizado que me olvido de ir hacia la superficie y luego, cuando empiezo a hundirme, me entra el pánico hasta que caigo en la cuenta de que puedo respirar sin problemas. Pare-

ce que estoy entero. No hay nada roto. Solo el mapa que se desintegra en mi mano: creo que lo rompí al caer o quizá no estuviera pensado para sumergirlo. Pero no lo necesito. Estoy junto a la concha pequeña. Me dirijo a la otra concha. Doy un golpe de aletas y salgo disparado con bastante eficiencia a través de las turbias aguas. No sé cómo durante todo el proceso he conseguido no soltar la linterna que llevo en la otra mano y, mejor aún, la linterna funciona.

Jamás pensé que volvería bajo el agua, no tras la primera vez. Hay dos cosas del mundo submarino que me abruman, una de las cuales esperaba encontrarme: el frío. No es como el aire frío. Abrigarse no ayuda. La goma no sirve. Hay corrientes frías y corrientes cálidas, pero en esencia hace un frío de morir. Te presiona. Me inunda los ojos. Lo único que puedo hacer es no dejar de moverme.

La otra cosa es las posibilidades. Es un mundo tridimensional de un alcance mayor del que había imaginado. Justo debajo de las pasarelas no es tan profundo: se distingue el fondo turbio en el que se hunden la mayoría de los pilotes y donde está medio enterrada el ancla del bar. La linterna más o menos los ilumina. Pero en el Gran Canal el lecho marino cae en picado hacia una zanja y se extiende oceánico e ilimitado, el agua está más limpia y la visibilidad mejora. Luego sientes como si flotaras en un gran espacio en lugar de pensar en lo lejos que estás de la superficie.

Sé que primero tengo que acortar por el Gran Canal. Veo la mancha negra más espesa que nunca avanzando por encima de mí pero me deslizo por debajo, entre aguas más claras. Dando pataditas, sacudiendo las aletas, y sigo adelante. Nunca me he sentido tan libre. Me deslizo haciendo flop, flop, flop.

*Viajaría todo el día en mi tren azul,
en mi tren azul me cobijaré de la lluvia.*

Tengo la cabeza llena de conchas y refugios. Llego mucho más allá del Gran Canal. Ahora me cuesta orientarme, saber se-

guro que sigo alejándome del Pilote. A veces tengo que dejar de patear para ver si me empuja una corriente, para ver si me lleva a la derecha o a la izquierda o adelante o atrás. Compruebo el aire y todavía queda más de la mitad. Me sumo a una corriente y me dejo llevar. Empiezo a estar atento a ver si aparece el tubo, si existe, si no me lo paso. Si me alejo demasiado, ¿cómo voy a volver?

«Cierra la boca y a pasar por el tubo.» Hay una tubería y pasaré por ella. Esas eran las indicaciones. Para variar está bien tener instrucciones. En cuanto decides seguirlas todo es fácil, no necesitas inventar nada.

Cuando encuentro la tubería la esfera indica que el tanque casi se ha vaciado, queda menos de un cuarto. La tubería es larga y de hierro y corre paralela al lecho marino, luego dibuja un codo y cae por un precipicio, directa hasta donde no alcanza la luz de la luna. Desciendo junto a ella, sin dejar de patear. Con la linterna enfoco el costado de la tubería de hierro y pronto no veo nada más. La presión me abraza, me estruja hasta que empiezo a marearme. Veo el frío y la negritud y solo una manchita de luz y la tubería sigue bajando. Podría regresar a la superficie, pero nunca volvería a sumergirme tan hondo. Y de todos modos por encima de mí no hay nada. La superficie se antoja un lugar muy solitario.

Justo antes de que la tubería se adentre en el suelo de barro veo una abertura oval. La linterna lo ilumina, pero es solo el interior de una tubería. Un compartimento pequeño. Nado dentro. Con la linterna y una mano palpo el borde de la abertura y encuentro una puerta. Algún tipo de cámara estanca. Una puerta exterior y por tanto también, en alguna parte, una puerta interior. La primera puerta se cierra con lentitud infinita. El indicador del aire señala el cero. Inspiro y todavía da aire, así que aguanto la respiración todo lo que puedo. Busco el interruptor o la señal o la salida. La segunda puerta. Escudriño el interior del trozo de tubería intentando decidir hacia dónde es arriba y por dónde se sale.

Entonces se apaga la linterna.

Entonces cojo aire pero se acaba a la mitad.

El tanque está vacío. El pánico se apodera de mí y varios espasmos me recorren brazos y piernas, me retuerzo y pataleo, destrozado y atrapado, hasta que me machaco el brazo y noto el dolor, un aturdimiento más pesado incluso que el que se está apoderando de mí.

Hay algo en la pared. Una especie de asa. Un asa circular sobre un eje. La atrapo con la mano izquierda y me acerco más, aguanto el aire que me queda. Demasiado tarde para volver a la superficie. Demasiado tarde para casi todo. Aunque no para decidir hacia qué lado gira el asa o si gira. En el sentido de las agujas del reloj. Intento girarla pero no se mueve. ¿Demasiado tarde para probar en sentido contrario? ¿O debería limitarme a forzarla? Puede llevar generaciones sin moverse. ¿Demasiado tarde para todo esto?

Levanto las piernas y apoyo los pies en la pared. Me agarro con fuerza, aplico torsión. El poco aire que me quedaba se escapa en forma de burbujas con el esfuerzo. Inspiro pero no sale nada y el corazón me da un vuelco como si hubiera enloquecido.

Y entonces cede, solo un poco. Y luego gira un poco más. Pero no tengo aire, brazos y piernas se rebelan, amenazan con convulsiones.

Antes todo estaba negro, pero ahora el negro se adentra, penetra en mis ojos ciegos y mis pulmones vacíos. Presiono el asa una última vez y un estruendo silencioso arrastra todo en una caída sin fin, todo menos la oscuridad.

Me despiertan los escalofríos. Mi cuerpo entero tiembla como si me hubiera atrapado un Alimentador y me agitara como un saco. Pero los pulmones me funcionan, inspiran y espiran ruidosamente. El aire es espantoso e intento rechazarlo a cada respiración, pero balbuceo y toso y aguanto. Me quito la pesada escafandra, que está atrapada de mala manera debajo de mí, manteniendo la cara fuera del agua que me rodea. Me sien-

to y me atraganto, y le doy a algo con el pie, algo que resulta ser la linterna. A duras penas consigo alcanzarla, tardo varios minutos en agarrarla. La engorrosa linterna vuelve a funcionar.

Miro alrededor. Estoy en una tubería, pero no en la que había entrado, porque esta parece avanzar en horizontal. No consigo desatarme las aletas y al final me las arranco. Parte del cordel se me hunde en el pie y me corta la piel. Tengo los pies demasiado fríos para notarlo. La piel está amoratada y no sangro. Elijo una dirección y empiezo a chapotear por el agua.

La tubería se eleva ligeramente. El agua es cada vez menos profunda. El interior de la tubería está cubierto de limo. Está oscuro, el ambiente está frío y cargado y no sé dónde estoy. Camino siglos hasta que la luz de la linterna se debilita y el agua ya solo me llega a los tobillos.

Otra puerta me cierra el paso pero tiene un picaporte que la abre entre chirridos de óxido y metal. El túnel al que conduce está más limpio. Tiene menos mugre, menos limo y apenas hay agua en el suelo. Y entonces me doy cuenta de que ya no necesito la linterna. Antes estaba oscuro pero ahora ya no. Hay luz al final del túnel, una luz tenue, pero se refleja en el agua de la tubería y veo por dónde voy. Apago la linterna para ahorrar pilas y tropiezo.

Al final del túnel hay una puerta cerrada con una ventana gruesa. Y por la ventana veo a alguien de espaldas a la puerta, custodiándola. Viste de negro como su sombra y va armado. Más allá no distingo nada. Se ve algo verde. Que se ensancha.

Golpeo en el cristal con el culo de la linterna y el guarda da literalmente un brinco de unos treinta centímetros. Acerca la cara a la ventana y mira, cegado por la oscuridad. Tiene una cara rara, aplastada contra el cristal, pero distingo cada uno de sus poros y el pánico de su mirada. Entonces un cambio en la iluminación o en su mirada le permite verme. Nos miramos un momento y veo cómo abre la boca a cámara lenta. Luego desaparece. El cierre cruje, la escotilla se abre hacia dentro y caigo con ella y, por segunda vez, todo se vuelve negro pero esta vez agradezco el calor del impacto.

Oigo gritos en un idioma que no entiendo. Inmovilizado sobre el suelo blanco huelo algo. No solo la impresión del aire exterior tras la mezcla enrarecida de la escafandra y el aire estancado de la tubería, no es solo eso. Hay algo más. Algo demasiado bello para describirlo con palabras, algo que hay que compartir. Algo que si lo olieses te recordaría a tu juventud, tal vez algo que te haría retroceder en el tiempo. Estoy demasiado hecho polvo para echarme a reír, pero empiezo a temblar y entro en calor.